

Del oro de los indios a los entierros de los viejos^{1,2}

ANDERSON JAIMES RAMÍREZ

MUSEO DEL TÁCHIRA / DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA,
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES (ULA)
TÁCHIRA, VENEZUELA
Correo electrónico: andersonjaimes@gmail.com

DOSSIER

RESUMEN

La presente investigación consiste en un estudio historiográfico del mito de El Dorado y su vinculación con los procesos de exploración, conquista y colonización del Táchira. Para analizar las etapas de evolución del mito en dicha localidad, se tomaron dos casos de estudio: el mito del tesoro de Alfinger y los entierros de oro que hicieron los terratenientes en sus haciendas. Se estudian las repercusiones que tiene la búsqueda de oro en el imaginario local desde la fundación de los centros poblados tachirenses hasta la actualidad.

PALABRAS CLAVE: El Dorado, mito, conquista, colonización, entierro, oro

FROM THE GOLD OF THE INDIANS TO THE BURIALS OF THE OLD MEN

ABSTRACT

This investigation is a historiographic study of “El Dorado” myth and its entailment with the process of exploration, conquest and colonization of Táchira. For analyze the states of myth's evolution in that place, there were taken “Alfinger's treasure” myth and *the burials* of gold that were

-
- 1 En este artículo se está utilizando el sistema de referencia de las Normas APA.
 - 2 Este artículo se publicó en *Bordes: Revista de Estudios Culturales*, no. 16 (julio-diciembre de 2018), pp. 7-18. Lo reeditamos con el permiso del autor y de la revista antes mencionada. Ver en: <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/bordes/issue/view/1467/showToc>.

done by landowners in his coffee farms. It was studied the consequences of the search for gold in the imaginary of the people from the foundation of the towns in Táchira to the present.

KEY WORDS: El Dorado, myth, conquest, colonization, burial, gold



Dentro del imaginario asociado a la conquista, y en especial al siglo XVI, no hay señuelo más importante para grandes y pequeñas empresas que la búsqueda de oro y riquezas. La fe en el oro que esconde el nuevo mundo es tan persistente entre los conquistadores, como evasivo es este mineral. Surgen mitos y sueños que comienzan a ser perseguidos, siendo el de El Dorado el más mencionado, el principal y más elaborado. Selvas, montañas, ríos, fueron franqueados en busca de este a lo largo de todo el territorio sudamericano.

Los indios señalan hacia el norte o hacia el sur, hacia donde puedan alejar al codicioso. Les dice que hay ciudades con los techos de oro. Caciques que se embadurnan de polvo aurífero. Minas rebosantes de vetas amarillas. Así surge El Dorado, las siete ciudades de Cíbola y las tantas leyendas que se desbocaron hasta hacer febril la imaginación de los conquistadores (Herrera, 1981,167s).

Esa imaginación, imbuida dentro de la cultura tradicional abierta a la fantasía propia de la población española de entonces y la exploración de un territorio ignorado, rico, lleno de maravillas, pero también de grandes peligros, parecen ser los ingredientes de la elaboración de este mito. Lo anterior se ve reforzado además con las ansias de riqueza fácil y de gloria que movían a los conquistadores dentro de unas actitudes caracterizadas por la crueldad y el pragmatismo.

Son muchas las expediciones que buscaron El Dorado, muchas las masacres y sometimientos a pueblos autóctonos realizadas en estas, incluso son numerosas también las matanzas entre los mismos aventureros europeos. Pero esta construcción tenía tam-

bién un basamento en el hecho de las exitosas aventuras conquistadoras de Francisco Pizarro y Hernán Cortés.

El mito de El Dorado parece tomar fuerza a partir del encuentro en la meseta de Santa Fe de Bogotá de las expediciones de Gonzalo Jiménez de Quesada, Sebastián de Belalcázar y Nicolás Federmann en el año de 1539. Es allí donde se ubica el trasfondo de la rica cultura chibcha o muisca que abarca también la región de Cundinamarca. De allí la historia del polvo de oro con que se viste un cacique y de la laguna de Guatavita donde este se sumerge, dentro de un elaborado ritual. Fernando de Oviedo, Juan de Castellanos, Pedro Creza de León, Pedro de Aguado (1963), Antonio de Herrera, Pedro Simón, Lucas Fernández Piedrahita y Juan Rodríguez Freigle, son los cronistas que mencionan a este cacique y su ritual de la laguna.

La formación del mito comienza agestarse alrededor de estos años sobre la base de informaciones, rumores, encuentros y lecturas interesadas que comienzan a asumir formas concretas. Las noticias precedentes de la conquista del Perú y su carga imaginativa traducida en tesoros escondidos por los incas, ciudades perdidas, lagunas sagradas y otras, así como las exploraciones anteriores de Venezuela y Nueva Granada, fueron el origen de un mito que tendría una gran incidencia en los años posteriores.

El mito se muda, no tiene referente geográfico fijo, por ello se recreó en las ciudades perdidas o saretas de los incas y en la recreación del cacique espolvoreado en oro pero lejos de Guatavita. Así, la búsqueda de El Dorado conducirá a los europeos hacia el Marañón o Amazonas en busca de Paititi y hacia la Guayana venezolana en busca de Manoa (Acosta, 1992).

Y es que, en el fondo, la conquista no fue otra cosa que la búsqueda de riqueza. Los argumentos y justificativos de esta, los temas de la justificación política y religiosa, quedan sobrepasados con esta realidad evidente.

El cronista Gómara, consciente de los verdaderos motivos de la conquista, puso en boca de Cortés, esa fina ironía, este discurso: «la causa principal a que venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco» (Zabala, 2005, 99).

Las expediciones hechas hacia las actuales tierras tachirenses, en Venezuela, también se realizaron buscando el escondido oro que, se decía, era abundante en esas provincias de las sierras nevadas y sus alrededores. La expedición de Ambrosio Alfinger recoge oro en sus incursiones por el occidente de Venezuela y el oriente colombiano. Metal que es enviado a Coro, norte de Venezuela, con un pequeño grupo de hombres que se pierde del camino y deciden esconder y enterrar la carga. Nunca se pudo recuperar el tesoro a pesar de las infructuosas búsquedas que se hicieron posteriormente.

Alonso Pérez de Tolosa, antes que aventurarse en una expedición fundadora, sale con la misión de ubicar para explotar las minas de oro que existen en esta región. No encontró esas fuentes de riqueza, así que se deja a un lado la exploración de estos territorios por parte de los conquistadores de la provincia de Venezuela. Pero desde Nueva Granada aún se conserva la fe en dichas minas, a las que sale a buscar, en las sierras nevadas venezolanas, Juan Rodríguez Xuárez.

En su expedición al Valle de Santiago, Juan Maldonado perseguía el pueblo de Cania, una ciudad muy rica donde estaba concentrado el oro de toda la región. Al no encontrarla, funda La Villa de San Cristóbal, como punto de partidas para nuevas expediciones hacia la evasiva Cania. Igualmente, el fundador de La Grita, Francisco de Cáceres, estaba seguro de que en tierras de su gobernación, cuyos límites trazaban las huellas de su caballo, se encontraba la ciudad de El Dorado a la que buscó desesperadamente en una veloz carrera de fundación de pueblos españoles sobre las cenizas de los pueblos indígenas. Así la locura del oro acompañó también la violenta historia de las incursiones europeas sobre tierras tachirenses venezolanas.

EL TESORO DE ALFINGER O EL MITO DE EL DORADO EN TIERRAS TACHIRENSES

Tras las concesiones del emperador a los banqueros alemanes, conocidos como los Welser, del monopolio de la conquista en el territorio de la provincia de Venezuela, es nombrado gobernador de esta Ambrosio Alfinger en 1529.

Pedro Manuel Araya a Isaac Pardo coinciden en afirmar que Juan de Ampíes... fue un buen hombre. No se muestra tan entusiasta el padre Aguado cuando acusa a «Juan el Bueno»... de saqueador, ladrón y esclavista. Lo que atenúa los desmanes de Ampíes es la presencia de Ambrosio Alfínger, su sucesor. La maldad de este hombre es tal que, a su lado, el fundador de Coro parece un misionero... Oviedo y Baños se refiere a la crueldad del alemán para con los mismos españoles... jamás –como dice Arciniega– ejército alguno en la conquista de América ha sido tan cruel como éste (Herrera, 1981, 267ss).

En 1531 Alfínger organiza una expedición hacia la serranía de Perijá, atravesando el lago de Maracaibo (hoy ubicado en el actual estado Zulia) e internándose en los valles de Upar hacia la provincia de los Pacabueyes en el actual departamento de Norte de Santander, hoy Colombia. De allí decide remitir a Coro, con una parte de su tropa, el botín recogido en sus videntes incursiones y la orden de traer nuevos refuerzos para continuar con sus saqueos.

Como Alfínger se encontraba con tanto caudal pero sin hombres envió al capitán Íñigo de Bascona a la ciudad de Coro con 25 soldados y 60 mil pesos de oro a fin de traer la gente que pudiese. Partió Bascona... pero en lugar de seguir por el mismo camino... se engolfó en las serranías perdiendo el rumbo y llegó a montañas llenas de anegadizos pantanos que nunca habían pisado huella humana... viendo tan debilitados por falta de sustento, determinaron aliviarse de la carga dejando el oro enterrado al pie de una hermosa ceiba (Oviedo y Baños, 2000, 19s).

El botín recogido según el acta levantada en el lugar, consistía de

...1.723 caricuriles, grandes y chiquitos; 1.100 orejeras de filigrana, 2.331 canutos, 1.453 manillas, 33 pesos de brazaletes, 16 águilas, 4 cesmíes, 1 cabeza de águila, 9 figuras de indios, 1 figura de mujer de oro fino grande, 18 orejeras de andanas, 1 cabeza de cesmí con 1 diadema, 25 orejeras redondas y otros (Friede, 1961, 197s).

Otras narraciones ofrecen más detalles sobre el entierro del tesoro en estos territorios montañosos que, se especula, son parte del norte del Táchira.

Viendo ya que otra cosa no se podía hacer lo enterraron al pie de un árbol metido en un cataure o cesta, en un hoyo, y lo señalaron dando corta-

duras en los árboles con los pedazos en las espadas. Una vez enterrado durmieron allí aquella noche al lado del oro... al día siguiente caminaron por un arroyo que había allí, y fueron por el abajo tres jornadas... toparon con muchas ciénagas, por lo que acordaron dar la vuelta atrás... y volvieron al oro... descansaron un día... mandó desenterrar el oro, y ellos así lo hicieron y volvieron a enterrar a un tiro de piedra de donde estaba primero, colocándolo al pie de un árbol muy grueso, junto al arroyo, frente a un barranco rojizo, y en otros árboles junto al grande dieron muchas cuchilladas, cortando algunos árboles pequeños y no tocando el grande... (Fernández de Oviedo, 1976, 174ss).

La tradición oral de los habitantes de las regiones norteñas del municipio Ayacucho y del sur del municipio García de Hevia, hoy actual Táchira, Venezuela, conserva narraciones sobre este tesoro de los españoles que se lo ubican en varias zonas de estas regiones. Pero especialmente en la aldea La Colorada del municipio Ayacucho, estos relatos son bastante frecuentes. No deja de ser curioso el preguntarse cómo una narración tan documentada se mantenga, en lo esencial, recordada con vívidos detalles.

Aquí en La Colorada hay mucha plata enterrada, oro y demás. Pero el entierro más grande es una plata que era de los españoles. Sí, en la colonia los españoles le habían quitado un poco de oro a los indios de aquí y de Colombia, entonces se lo llevaron y lo pasaron por aquí. Como ya no tenían fuerzas y los indios los estaban atacando, lo enterraron en una ceiba por aquí por la quebrada La Colorada. En Semana Santa, el Viernes Santo se muestra, se deja ver, pero hasta ahora nadie lo ha podido sacar (Estanislao Rosales, campesino, aldea Paraguay, municipio Ayacucho, 98 años).

Al parecer, quien desee obtener este tesoro debe cumplir un pacto el cual consiste en:

... ir a medianoche a la ceiba donde está el tesoro y allí va a salir un toro negro, negro, que bota candela y entonces hay que torearlo con mucho cuidado porque es el mismo diablo que si llega a cornear se lo lleva a uno en los cachos. Si lo torea hasta que amanezca el tesoro es de uno (Ramón Vega, músico y agricultor, aldea La Colorada, municipio Ayacucho, 80 años).

Es clara la asociación del toro con España y del pacto relacionado con la fiesta brava, tradición española. También otros pactos hablan de la extracción del tesoro por tres personas, de las cuales

van a morir dos y una sola es la que sobrevive. En otras, el lugar de un toro es un caballo el que vigila el lugar ahuyentando a las personas, también un perro negro gigantesco es el encargado de vigilar el «tesoro de Alfinger».

Los españoles dejaron marcas, aquí en donde está el entierro, aquí atrás en los terrenos del Liceo está una piedra que ellos dejaron, allí escribieron los meses del año, como para marcar una distancia o un lugar. Más allá hacia el camino real de Puerto Guamas estaba otra que tenía una flecha y esa era la que señalaba para allá, para La Colorada. Porque esa plata la dejaron en un ceibo al lado de la quebrada roja, y esa quebrada es La Colorada que es la única roja por todo esto (José María Rosales, sobandero y secreteamador, San Vicente, municipio Ayacucho, 83 años).

Ciertamente esa primera piedra existía y se encontraba en los terrenos de la Unidad de Educación Técnica «Tulio Febres Cordero», de San Juan de Colón. Hoy está desaparecida después de que en años anteriores se realizara una remoción de estos terrenos con maquinaria pesada, lo que produjo que seguramente se encuentre enterrada o simplemente partida y destruida. Se trataba de una roca color rojizo de 1,50 metros de altura, aproximadamente, por 1,50 de ancho. En su cara esta tenía escritos claramente los seis primeros meses del año formando un semicírculo que comenzaba en la izquierda y ascendía hasta terminar al frente del mes de enero.

Llamaba la atención la forma como se escribían algunos meses, especialmente el mes de mayo, cuya escritura era «MAGIO». Todos los testimonios recogidos en el momento de realizar el registro de esta piedra, hacia el año 2002, coincidieron en relacionar esta piedra con lo que se ha llamado «la leyenda del tesoro Alfinger» o «el tesoro de los españoles», aunque Alfinger era en realidad alemán.

Estas narraciones conservan entonces en el imaginario una visión del mito de El Dorado, esta vez en la forma de un tesoro expropiado a los indios por los conquistadores que lo entierran, seguramente como consecuencia de «un encanto que le hicieron los indios a ese oro», que originó además el «terrible destino de estos» (José María Rosales, sobandero y secreteamador, San Vicente, municipio Ayacucho, 83 años). Pero subyace en este imaginario la idea de una riqueza que se encuentra oculta y que se puede encontrar buscándola con «curia», detenimiento o inteligencia por

personas que «estén dispuestas a cumplir los pactos con los dueños de esos entierros» (Ramón Vega, músico y agricultor, aldea La Colorada, municipio Ayacucho, 80 años).

LOS ENTIERROS O LA MONEDA DE LA GENTE DE ANTES

Es un hecho histórico la costumbre de «enterrar» o esconder el dinero por parte de los propietarios en áreas determinadas de sus propiedades, para evitar el robo y por estar alejados de los centros urbanos y de las casas financieras o bancos. Después de la guerra de la independencia, hacia el año 1850, el Táchira³ vivió una época de gran riqueza económica motivada por el *boom* del café. Los precios internacionales del mismo aumentan drásticamente y su cultivo se hace sumamente rentable.

En 1856 se logra la creación de la provincia del Táchira, teniendo como motivo central para este renacimiento político la gran producción cafetalera que, para la fecha, pasaba los 45 mil quintales. Se busca con esta decisión mejorar las condiciones de tránsito y el intercambio comercial con Colombia que hasta entonces se establecía bajo términos poco beneficiosos para los productores tachirenses (Rosales, 2006).

Entre 1870 y 1880 el Táchira se puebla de sembradíos infinitos de café. Los campesinos son propietarios de sus tierras, son pocos los grandes terratenientes debido a que los desórdenes producidos por las guerras internas del siglo XIX no afectaron la región. En 1896 se construye el Gran Ferrocarril del Táchira como medio de extracción de esta gran riqueza e ingreso de productos o ideas foráneas. En 1912 se termina la carretera Central del Táchira y, en 1925, la carretera Trasandina, abriendo caminos definitivos que unirían a esta aislada región con el resto del país. Por las calles de los pueblos pasaban su carga miles de arreos de mulas, no había desempleo, faltaba mano de obra que venía desde Colombia. Casas de enormes puertas, amplios corredores, espaciosas

3 El estado Táchira es uno de los tres estados de la cordillera andina venezolana, ubicado en el oeste del país. Es una de las zonas limítrofes con el Norte de Santander de Colombia. *N. de la Ed.*

habitaciones y gigantescos patios servían de asiento a las empresas comercializadoras que compraban, almacenaban y transportaban la producción agrícola tachirense.

Una imagen de gran prosperidad le da a San Juan de Colón, Lobatera y Michelena ese constante transitar de rostros y gentes diversas, así como el pulular de grandes y elegantes casas comerciales. Abundaban las morocotas⁴, llegando a decirse que en la región corría el oro por las calles. Esta bonanza duraría hasta entrado el siglo XX cuando los alzamientos en contra del gomecismo y la crisis de los precios del café hicieron que la economía regional sufriera un duro golpe. La explotación petrolera, además, origina un éxodo masivo de jóvenes andinos al centro del país en busca de un nuevo El Dorado.

Como se puede apreciar, la visión de El Dorado ha cambiado desde la conquista hasta la contemporaneidad. Al principio, los conquistadores buscaron el oro de los indios (Alfínger), las minas de oro (Pérez de Tolosa), la ciudad de Cania donde estaba todo el oro de la región (Maldonado) y las riquezas de un tesoro escondido para los indios (Cáceres). En un segundo momento son los nuevos grupos étnicos, surgidos del mestizaje, nuevos habitantes de las haciendas, encomiendas y casas de españoles criollos, pertenecientes a esa primera clase social dominante y propietaria, quienes buscarían las riquezas dejadas por estas primeras generaciones de blancos criollos y peninsulares. Fantasmas, muertos y pactos comienzan a hacer aparición dentro del nuevo imaginario que comienza a surgir tras la imposición cultural occidental, como resemantización de la visión medieval europea con un nuevo mundo que despierta la imaginación y unas ricas culturas autóctonas que buscan modos de resistencia cultural dentro de un proceso de construcción dinámico, constante e inacabado.

El tesoro es representado por el oro que dichos propietarios habían obtenido de la explotación de indios y peones en sus gran-

4 La morocota fue una moneda estadounidense de oro que comenzó a circular en Venezuela a partir de 1830, a falta de una moneda nacional. Equivalía a 20 dólares. Luego, cuando se instituye el bolívar como dinero nacional, en el mismo siglo XIX, se le comenzó a llamar «morocota» a la moneda de 100 bolívares, debido a su parecido con la primera. *N. de la Ed.*

des haciendas. Un oro que es escondido en las grandes casas de las haciendas o en sectores aledaños. Además de estos nuevos tesoros, todavía se mantenía el imaginario del oro escondido por los indios en sus antiguas tierras o en los resguardos adonde fueron reducidos. Pero es esta visión del tesoro de los grandes propietarios la que comienza a imponerse como el nuevo El Dorado al que solo pueden acceder los elegidos por el destino, ya que esos tesoros están reservados para quien reúna ciertas condiciones y que esté dispuesto a cumplir pactos dejados por el propietario.

Desde el comienzo de la república se desarrolló en los Andes venezolanos un proceso de apropiación de tierras de los terrenos baldíos de estas antiguas haciendas y de los resguardos indígenas. Esto se incrementaría con la expansión del cultivo del café. Estas tierras pasaban mediante arrendamiento o compra a otras personas dentro de permanentes disputas y enfrentamientos donde los indígenas serían los más afectados, en una confusa situación de ventas clandestinas e ilegales de tierras cuyos límites no quedarían del todo definidos (Ardao, 2002).

Para la década de 1870 y como consecuencia de lo anterior, va a predominar en la región la pequeña y mediana propiedad.

Sin embargo, la crisis provocada por la baja internacional del precio del café, después de 1895, originó un proceso de concentración de la tierra dirigido por las casas comerciales extranjeras, dado el endeudamiento de muchos productores. Las casas alemanas empiezan a tomar haciendas como parte de pago y pronto se vieron dueñas de grandes y medianos fundos. No obstante, no fue mucha la magnitud de este fenómeno.

Este período se puede señalar como el de la masificación de la práctica de los entierros. Las ganancias producidas por el cultivo, pagadas en monedas de oro, eran colocadas en botijas —que son unos jarrones de barro elaborados para tal fin— y enterradas en paredes, patios, solares, recodos, árboles, etc. Era la forma de «guardar» estas ganancias.

La crisis ya señalada, el aumento de la violencia política como consecuencia de los constantes alzamientos y guerrillas de las últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras del siglo XX, así como la tentación de los centros urbanos nacidos en el centro del país

por la explotación petrolera significó el abandono de la agricultura tachirense. Prósperas fincas son abandonadas por los jóvenes que se van a buscar beneficios del nuevo oro, el oro negro. Solo quedan los viejos que van muriendo, dejando olvidados esos entierros en casas que ahora son ruinas y en fincas que son barbechos.

Son innumerables las narraciones que conserva la tradición oral sobre este fenómeno del entierro. Un esquema general de la misma se puede construir de la siguiente manera. Un enunciado: un hombre o mujer propietario que entierra las morocotas en algún sitio; los fenómenos que en ese sitio se producen en la actualidad: ruidos, luces, apariciones del dueño por ser un alma en pena; las condiciones que este impone al que va a sacar el entierro y las precauciones una vez se ha sacado el entierro.

Los propietarios de los entierros se asocian con los productores de esta época de gran bonanza económica. Cuando aparecen como «ánima en pena» es porque se encuentran «pagando algo», es decir, un castigo por una «mala» acción cometida, por la avaricia en vida o por ser dinero «mal habido el que tiene enterrado». Esta alma impone condiciones que van desde penitencias tales como: cargar su cadáver al cementerio, devolver algún objeto a la Iglesia, el hecho de que deben participar tres personas en el desentierro y solo una vaya a sobrevivir, el realizar alguna obra como la de una capilla en el sitio, pelear con un animal fantástico, etc.

Cuando «no pena» el alma del difunto propietario, se aprecian ciertos fenómenos en esos sitios que indican la presencia de ese entierro. Sin embargo, el entierro tiene un destinatario particular que escoge el difunto. Normalmente son personas imbuidas en este imaginario pero que no demuestran un afán por enriquecerse. Además, tienen un reconocimiento como «personas de bien». A estas personas se les facilita el encontrar dichos entierros.

Sin embargo, también existen los «especialistas» en «sacar entierros». A través de rituales espiritistas, del tipo María Lionza⁵, estos se «comunican con el muerto» para saber dónde ha enterra-

5 Religión en formación de María Lianza practicada en Venezuela, considerada para algunos especialistas como un culto. Su figura central es María Lionza, quien, según el mito, es una mestiza, deidad del agua en el estado Yaracuy, y que tiene varias cortes de espíritus a su alrededor. *N. de la Ed.*

do su «botija». Tabaco, velas, pólvora, ensalmos, son usados por estos en rituales que se hacen en los sitios en los que se sospecha la presencia de un entierro.

Quien saca un entierro debe tener muchas precauciones con ese dinero, ya que por haber pertenecido a un difunto puede transmitir la enfermedad del «frío del muerto»⁶. Por ello, una vez extraído, el dinero debe lavarse en un río y se deben conservar algunas monedas con «el barro con que estaba». Si la persona enferma, debe realizarse baños con «matas calientes para sacar el frío del muerto» (ruda o *Ruta graveolens*, salvia o *Salvia officinalis*, cayena o *Hibiscus rosa-sinensis*, etc.). Con las monedas guardadas debe hacer una especie de «bebedizo que se debe tomar». Otras recomendaciones son las de «asolear las morocotas», y «mandar a decir misas por las ánimas» (información dada por Cecilio Pérez, artesano, aldea La Jabonosa, municipio Ayacucho, 48 años).

Además de los «entierros de plata» existen también «entierros de armas». Se trata de fusiles o máuseres, espadas, bayonetas, municiones, cuchillos y otros que han sido encontrados en escondites de casas y solares. Se asocian con los movimientos armados o las «revoluciones» protagonizadas en el Táchira durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. En la región las figuras históricas más asociadas con dichas armas son: el general Pedro Pablo Peñaloza, opositor al gomecismo⁷ y quien realizaría múltiples incursiones desde Colombia, por toda esta región del Táchira y parte de Mérida. Además de sus lugartenientes: el «Catire» Simón, campesino del sector de El Cobre, recordado por su gran ferocidad en el combate, y el «Turco» Simón, hijo de inmigrantes asesinados por un jefe gomecista de la región. Los entierros

6 En algunas regiones de Venezuela se cree en el «frío del muerto», es decir, un mal que lo transmiten las personas difuntas o sus bienes, bien sea porque el afectado haya estado en contacto directo con el fallecido recién muerto antes del entierro (en su ritual de vestirlo o en el velorio) o con algunas de sus pertenencias directas, como en este caso, luego de ser enterrado e incluso teniendo años de fallecido. *N. de la Ed.*

7 El general Juan Vicente Gómez fue un dictador oriundo del estado Táchira que gobernó Venezuela desde 1908 hasta 1935, año de su fallecimiento. Se conoce como el último caudillo del país, porque eliminó el caudillismo como forma de llegar al poder, práctica política recurrente del siglo XIX luego de la disolución de la Gran Colombia. *N. de la Ed.*

de armas «producen mucho ruido. A veces se ven a gentes como soldados que le dicen a uno donde están, pero normalmente son ruidos o luces» (Eliodoro González, obrero, San Juan de Colón, municipio Ayacucho, 61 años).

Este imaginario se encuentra muy vivo aún en las comunidades tachirenses. Es una creencia subterránea que abarca a todas las clases sociales. Todavía el sueño de muchos es «encontrarse un entierro para acomodarse la vida». Y es que han sido muchas las botijas que de manera accidental se han hallado en construcciones en el momento de demoler paredes antiguas, de tumbar de raíz viejos árboles o de mover los terrenos de antiguas fincas. Es un imaginario que tiene un referente real que lo hace muy poderoso (Chjalmar y Chacón, 2006).

Se trata de un largo proceso de sobrevivencia y adaptación del viejo mito de El Dorado. Así, el oro de las ciudades y tesoros de los indios que buscaron los españoles se convirtió en el oro de los terratenientes españoles buscado por los peones mestizos. Con la expansión del café y el *boom* de la economía cafetalera, el oro estuvo en manos de muchos propietarios de fincas y comerciantes que lo enterraron en casas y haciendas y que es el que se ha encontrado en las últimas generaciones. Es el oro de los viejos que vivieron en esa época de prosperidad y que murieron dejando abandonadas sus antiguas riquezas cuando la crisis comenzó a golpear a los Andes.

Es el mismo imaginario que ha sufrido reinterpretaciones con los procesos sociales, económicos, políticos y culturales de la región. Es el mismo oro que estaba en El Dorado que encantaron los indios, que escondió Alfinger, los españoles y los viejos productores de café. Es la misma ilusión de encontrarlo para disfrutar de una mejor vida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta, V. (1992). *El continente prodigioso. Mitos e imaginario medieval de la conquista americana*. Caracas, Venezuela: Ediciones de la Biblioteca de la UCV.
- Ardao, A. (2002). *El café y las ciudades en los Andes venezolanos 1870-1930*. Caracas, Venezuela: B.A.T.T. Caracas.

- Chjalmar, E. y Chacón, F. (2006). Tesoros y entierros: mitos y rituales de los cazadores de botijas de Santa Cruz de Mora, Estado Miranda. *Boletín Antropológico*, (68), 431-461.
- De Aguado, P. (1963). *Recopilación histórica de Venezuela. Tomos I-II*. Caracas, Venezuela: Biblioteca de la Academia de la Historia.
- Fernández de Oviedo, J. (1976). Historia general y natural de los indios, islas y tierra firme del mar océano. En *Enciclopedia de Venezuela, Tomo I*. Caracas, Venezuela.
- Friede, J. (1961). *Los Welser en la conquista de Venezuela*. Caracas, Venezuela: Edime.
- Herrera, F. (1981). *Viajeros de Indias*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila.
- Oviedo y Baños, J. (2000). *Historia de la Provincia de Venezuela*. Caracas, Venezuela: El Nacional.
- Rosales, R. (2006). La autonomía estatal. *Sinopsis*, (13).
- Zabala, S. (2005). *Filosofía de la conquista y otros relatos*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.

FUENTES PRIMARIAS

- Cecilio Pérez. Artesano, aldea La Jabonosa, Mcpio. Ayacucho, 48 años.
- Eliodoro González. Obrero, San Juan de Colón, Mcpio. Ayacucho, 61 años.
- Estanislao Rosales. Campesino, aldea Paraguay, Mcpio. Ayacucho, 98 años.
- José María Rosales. Sobandero y secreteador, San Vicente, Mcpio. Ayacucho, 83 años.
- Ramón Vega. Músico y agricultor, aldea La colorada, Mcpio. Ayacucho. 80 años.



ANDERSON JAIMES estudió Filosofía en el Instituto Universitario Santa Rosa de Lima, Caracas, Venezuela; es magíster en Etnología, mención Etnohistoria, de la Universidad de Los Andes (ULA), Mérida, Venezuela, y doctorando en Antropología de la misma casa de estudio. Además, es artista visual (pintor) y dirige la Fundación Galería de Arte El Punto en San Juan de Colón, estado Táchira. Labora en el Museo del Táchira y ha tenido un trabajo importante en la fundación de museos arqueológicos comunitarios y en la exploración del arte rupestre en este estado andino venezolano.